

JUAN REGIÀ

EL DUALISMO EN VALENCIA Y SUS DESEQUILIBRIOS

INTRODUCCIÓN

En las páginas que siguen formulo una hipótesis de trabajo destinada a presentar las grandes líneas de una *aproximación a la historia de Valencia*, considerada en función del dualismo que preside la conquista y la repoblación del reino a partir del siglo XIII. Insisto en el propósito: mera hipótesis de trabajo, necesariamente abundante en intuiciones y puntos de vista, que investigaciones futuras confirmarán o rechazarán.

Intento desarrollar un esquema sencillo y breve, unas coordenadas básicas que sirvan de guía, en un intento de comprensión "total" de la Historia de Valencia, desde la incorporación del reino a Europa y a la España cristiana por Jaime I a los problemas de nuestro tiempo. Si, en definitiva, mi esfuerzo resulta útil como punto de partida y sirve de esquema general de referencia para los estudiosos —aunque sea rechazado después, como cosa ya superada o errónea—, me consideraré muy satisfecho, por el hecho de haber contribuido a encauzar las investigaciones. Por otra parte, permítaseme confesar que me considero todavía lo suficiente joven para desear, con toda el alma, que mis alumnos y las nuevas generaciones me superen.

CONSIDERACIONES GENERALES

La conquista de Jaime I —que incorpora Valencia a Europa a través de la Corona de Aragón—, no crea un reino de Valencia de la nada; existía desde hacía siglos un reino musulmán, sobre el cual se había proyectado la influencia de la Valencia antigua (prerromana y romana). Todo esto es evidente y ayuda a explicar muchas cosas, entre ellas, el hecho de que

la Valencia morisca fuese una especie de “sociedad colonial”. Pero no es menos cierto que con la expulsión de los moriscos, a comienzos del siglo xvii, se eliminan drásticamente las supervivencias islámicas, que la conquista había respetado. Por lo tanto, la expulsión de los moriscos significa, desde este punto de vista, la “poda” radical de lo que quedaba del reino de Valencia anterior a la conquista cristiana del siglo xiii.

Después de la conquista, Jaime I creó el reino independiente de Valencia dentro de la Corona de Aragón: el nuevo reino había sido sometido y repoblado (este último fenómeno duraría siglos) por aragoneses y catalanes. A grandes rasgos, los primeros predominaron en las comarcas del interior, y los segundos en las del litoral. En general, las comarcas de repoblación aragonesa se desarrollaron bajo un régimen señorial, presidido por el Fuero de Aragón, en contraste con las de repoblación catalana —tierras de realengo— sometidas, por extensión de la legislación municipal romanizante, al *Fur* de Valencia, con un florecimiento industrial y mercantil en los núcleos urbanos.

Este dualismo (que siempre tendríamos que considerar *positivamente*, como si se tratara de una “resultante”, y de ninguna manera para fundamentar, *negativamente* —“ni esto ni aquello”— las bases de un particularismo), pone de relieve, de entrada, el antagonismo, normal para la época de la conquista, entre el rey y la nobleza feudal, entre los núcleos urbanos de repoblación catalana, sometidos a una legislación romanizante y proburguesa, y los señoríos de la aristocracia aragonesa. Ello explica que, por lo que atañe a la estructura socioeconómica, Valencia no se convirtiera, después de la conquista, en un apéndice feudal y latifundista, en una especie de Andalucía de la Corona de Aragón.

Hasta mediados del siglo xiv, con las primeras acometidas de la crisis general de la Baja Edad Media, el dualismo se mantiene como si se tratara de un equilibrio dinámico: la presión de la nobleza aragonesa es neutralizada por la expansión económica de la ciudad de Valencia, en contacto con el mundo musulmán del Sur. Sin embargo, cuando ambos elementos del dualismo dejasen de neutralizarse, de contrarrestarse, se produciría una crisis, esto es, un desequilibrio, con el predominio de uno de ellos y la satelitización del otro. Hemos dicho que, desde la conquista de Jaime I a mediados del siglo xiii, la expansión económica de la capital neutralizó la presión de la aristocracia aragonesa. Con el impacto de la depresión occidental —que provocaría la ruina de Cataluña— acabaría por imponerse, de momento, el espíritu feudalizante de la aristocracia del interior del reino de Valencia; y cuando se establece un nuevo equilibrio, a mediados del siglo xv, en el momento en que la ciudad de Valencia hereda gran parte de la economía catalana (con el colapso del Principado, gravemente afectado por la contracción de los negocios y la guerra civil), el mundo burgués,

artesano y mercantil valenciano ya se considera "particularista" respecto de una Cataluña decadente.

Permitidme que, como mera hipótesis de trabajo, esboce una visión de síntesis de las grandes líneas del dualismo y de sus desequilibrios desde mediados del siglo XIV al primer tercio del XX.

La primera crisis del dualismo es provocada por la ofensiva de los elementos feudalizantes —guerra de la Unión—, con la réplica, de momento victoriosa, de las fuerzas burguesas y el triunfo del Ceremosioso. Medio siglo después, con el Compromiso de Caspe, de nuevo parece imponerse el mundo feudal, pronto contrarrestado, sin embargo, por el esplendor económico de las zonas marítimas, que no solamente restablecen el equilibrio sino que acaban imponiéndose netamente (plenitud del siglo XV). Esta euforia del mundo del litoral conoce su canto del cisne con la guerra de las Germanías, a comienzos del siglo XVI. La reacción aristocratizante inmediata, con el triunfo del campo sobre la ciudad, supone un nuevo desequilibrio, para invertirse la situación al comenzar el siglo XVII con la expulsión de los moriscos (un triunfo pírrico de la ciudad sobre el campo). Y un siglo después con la *jacquerie* de los campesinos del Sur del País Valenciano y la guerra de Sucesión a la corona de España, el dualismo se resuelve, de nuevo, en beneficio de los intereses del mundo feudal. Recordemos, solamente, que en la polémica sobre el régimen señorial en las Cortes de Cádiz, al comenzar el siglo XIX, los abusos de los señores en el campo valenciano proporcionaron sobrados ejemplos contundentes a los diputados que atacaban el feudalismo y sus excesos. En efecto, las condiciones draconianas de las cartas de repoblación, después de la expulsión de los moriscos, fueron abolidas durante la guerra de Sucesión por los representantes del Archiduque Carlos de Austria, para ser restablecidas por Felipe V, inmediatamente después de ganar la guerra en el País Valenciano (batalla de Almansa, 1707).

El acusado desarrollo económico del siglo XVIII —además de la agricultura, la industria (sedas) y el comercio (el puerto de Alicante adquiere importancia internacional)— restablece el equilibrio, con la plenitud y expansión del mundo litoral. (Recordemos, de pasada, que el verdadero padre de la Ilustración valenciana, Gregorio Mayáns, es, entre otras cosas, el "puente" entre las culturas castellana y catalana, entre Feijóo y Finestres y el núcleo de la Universidad de Cervera.) Esta situación se prolonga, aproximadamente hasta 1840: con la crisis del Antiguo Régimen, el reino de Valencia es un foco de liberalismo. Sin embargo, desde mediados del siglo XIX la situación se va invirtiendo en beneficio de la mentalidad representativa del interior del País: la burguesía no se lanza por el camino de la industrialización a fondo —lo que hubiera representado la culminación lógica del desarrollo del Setecientos— y dedica sus energías a la agricultura, la exportación de naranjas y las finanzas. Y, naturalmente, la apoteosis de

la burguesía agrícola, mercantil y financiera, explica el librecambismo y, en definitiva, la despolitización de la *Renaiença*.

He aquí un esquema claro —el gráfico simplifica la dialéctica del dualismo, para dejarla reducida a dos líneas de fuerza, de sentido contrario— del desarrollo del dualismo, desde la conquista de Jaime I hasta comienzos del siglo xx.

DE LA UNIÓN AL TRIUNFO DEL CEREMONIOSO

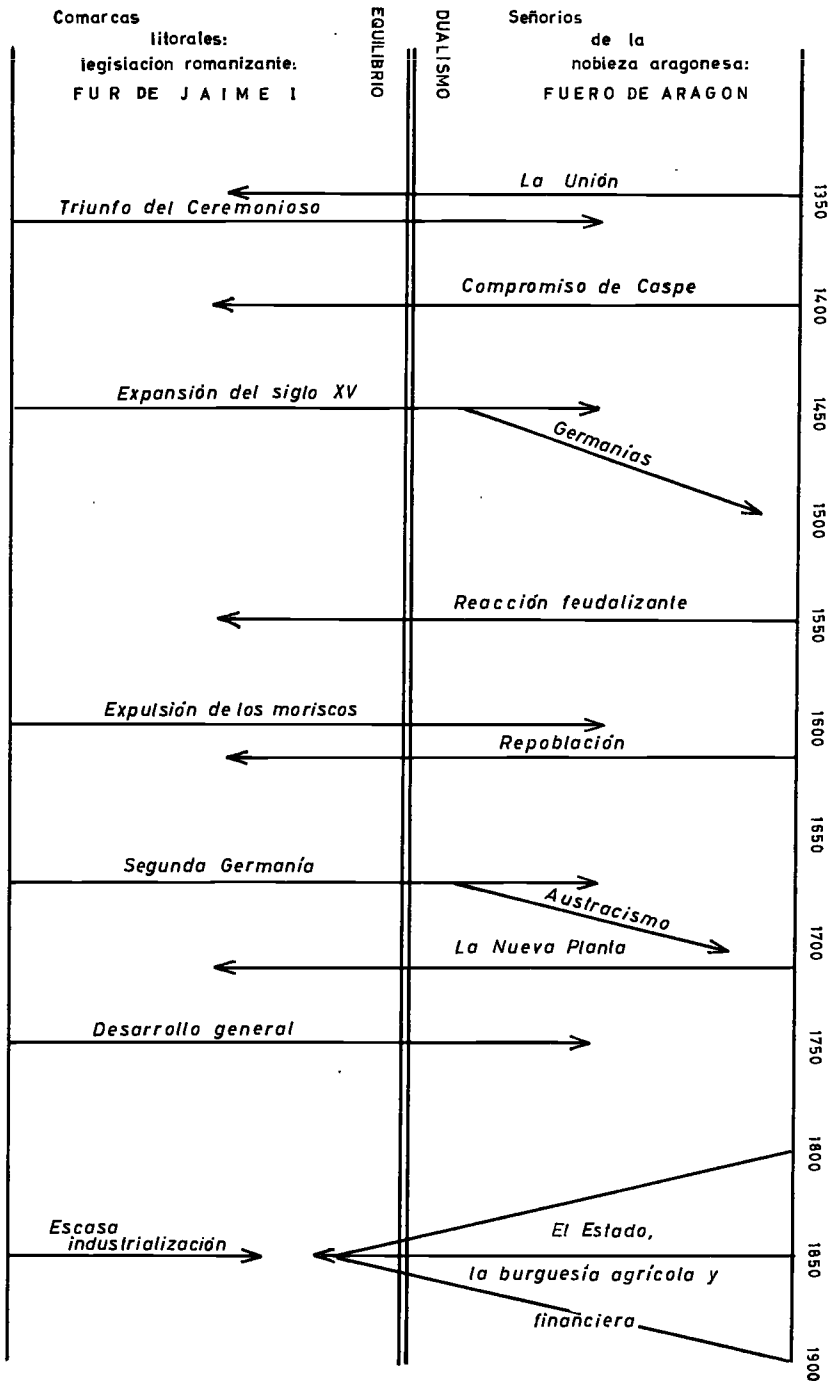
El primer desequilibrio dentro del dualismo valenciano se manifiesta como un movimiento pendular rápido (1347-1348), que parte de los elementos aristocráticos y feudalizantes del interior del País, apoyados circunstancialmente por un sector de la burguesía y del artesanado, cuando comienzan a registrarse los primeros síntomas de la crisis de la Baja Edad Media. Me refiero a las Uniones, o sea, a la oposición de la nobleza aragonesa y valenciana a las directrices políticas del Ceremonioso, apoyado a fondo por Cataluña. La represión del soberano, después de su triunfo, deja unos rescoldos de resentimiento, en los cuales encuentra un ambiente idóneo para desarrollarse la afirmación de la personalidad diferenciada del reino de Valencia.

Todo comienza —de una manera inmediata, al menos— con el propósito del rey (cuando todavía carecía de hijos varones) de nombrar heredera de la Corona a su hija Constanza, en perjuicio de su hermano —y tío de la princesa— Jaime de Urgel, quien comenzó a reunir partidarios, primero en Valencia y después en Aragón. De esta manera resurgió la Unión aragonesa —que ya se había enfrentado con Pedro el Grande y Alfonso III— y se constituyó la Unión valenciana. Muy pronto entrarían en juego todos los rivales del rey: el destronado Jaime III de Mallorca —quien aprovecharía la crisis de las Uniones para intentar recuperar su reino y moriría en la empresa (batalla de Lluchmajor, 1349)—, y los hermanastros del Ceremonioso, Fernando y Juan, apoyados por Castilla.

Un primer fracaso del rey frente a los "*malvats rebelles de la Unió*" en las Cortes de Zaragoza de 1347 envalentonó a los unionistas valencianos, los cuales consiguieron imponerse en los choques armados de Játiva y Bétera. Entonces, el hermanastro del Ceremonioso, Fernando, marqués de Tortosa, obtuvo de Alfonso XI de Castilla la ayuda de 800 soldados para acudir a Valencia.

Al comenzar el año 1348, Pedro IV presentó en Murviedro con un ejército, decidido a afrontar el problema valenciano. De momento, sin embargo, fue obligado por los unionistas a trasladarse a la capital, donde fue recibido con muchos honores aparentes por su hermanastro, Fernando, al frente de sus tropas castellanas y las milicias de los unionistas.

Una gestión pacificadora, desarrollada, en nombre de Pedro IV, por el antiguo embajador de Jaime II, Vidal de Vilanova, no logró aclarar las cosas;



el rey vióse obligado a pactar con su hermanastro: Fernando fue nombrado heredero y gobernador general, mientras el soberano careciese de hijos varones para ejercer el cargo; la Unión era confirmada y se creaba un Justicia Mayor, con atribuciones análogas al de Aragón. El 1 de abril del mismo año —1348— la reina Leonor llegó a la ciudad, a reunirse con su esposo. Valencia vivía momentos de tensión pasional y el más mínimo incidente podía provocar la revuelta popular. Con el pretexto de que un hombre de la casa del rey había increpado al pueblo por la formación de la Unión, el domingo de Pasión (6 de abril) se produjo un motín y unos cuantos hombres irrumpieron en el recinto del Palacio Real con el propósito de secuestrar al consejero que representaba la idea del autoritarismo monárquico, Bernardo de Cabrera. Con un gesto de valentía, el soberano, con sólo cinco hombres, penetró en las filas de los amotinados, los cuales le cedieron el paso al grito de "*Vixca lo rei*", a pesar de que, como dice la Crónica, "*així com formigues venien e corrien a la dita rambla*". Por la noche, cuando los reyes se acostaron, unos centenares de amotinados, con trompetas y tambores, subieron hasta la cámara real, donde obligaron a bailar a los soberanos.

Esta situación humillante para el rey Pedro duró hasta el 11 de junio del mismo año, día en que la corte abandonó la ciudad —con el consentimiento de los unionistas— huyendo de la peste. El soberano dirigióse hacia Teruel, reducto de las fuerzas realistas aragonesas de Lope de Luna. Desde Teruel, y con las tropas valencianas fieles de Pedro de Jérica, y los auxilios que desde Cataluña le enviaba Bernardo de Cabrera, el Ceremonioso planeó la batalla decisiva.

En efecto, en la batalla de Epila (21 de junio de 1348), los unionistas aragoneses fueron totalmente derrotados. Entretanto, en Valencia, la peste negra había causado la muerte a los principales jefes del movimiento de la Unión, y ésta iba degenerando en una fuerza anárquica, con actos de terrorismo que le restaban partidarios y simpatías, mientras los ganaba la causa realista. El marqués de Tortosa, Fernando, había experimentado el desastre de Epila, y el hermano del rey, Jaime de Urgel, había muerto unos años antes. Unas manifestaciones de antisemitismo, con el pretexto de que los judíos eran responsables de la peste, produjeron víctimas en Murviedro, donde los unionistas saquearon el *call*. Esto ensanchaba todavía más el abismo con el soberano, protector de los judíos.

Después de haber celebrado una importante reunión en Segorbe con sus consejeros más íntimos, Pedro IV encaminóse hacia Murviedro con un fuerte ejército. El choque decisivo con los unionistas tuvo lugar en Mislata, con un resultado netamente favorable al Ceremonioso: la ciudad de Valencia rindióse a los pocos días (10 de diciembre de 1348). Inmediatamente dio comienzo la represión. Para conceder el perdón a la ciudad, el soberano impuso sus condiciones: confiscación de bienes a los culpables que ya

hubiesen muerto; dejar al margen del perdón a los considerados responsables en mayor grado; derogación de algunos privilegios. La represión tuvo ciertos detalles de crueldad: algunos de los condenados fueron obligados a beber el metal fundido de la campana que convocaba a los unionistas a las reuniones. El rey explica, en la Crónica, los crímenes —con el agravante de nocturnidad— de los unionistas, y quiere justificar “*que aquells que la havien feta fer (la campana) beguessen de la licor d'aquella com fou fosa*”. Después de las fiestas de Navidad, fueron ejecutados los últimos jefes unionistas, Juan Sala y Bernardo Redó. Como en Aragón, después de la batalla de Epila, el triunfo del Ceremonioso parecía total. La madrastra, Leonor (segunda esposa de Alfonso el Benigno) y sus hijos, Fernando y Juan, regresaron a Castilla, a la corte de su pariente, Alfonso XI.

* * *

Parece incuestionable, sin embargo, que las oligarquías no habían sido derrotadas definitivamente, puesto que pronto volvieron a levantar la cabeza, con las repercusiones de la crisis general, en las postrimerías del reinado. Y con Juan I, la hegemonía en el *Commonwealth* catalano-aragonés pasó, claramente, de Cataluña a Aragón, lo que implicó la subordinación de la política mediterránea y proburguesa a las orientaciones continentalistas y aristocratizantes.

Unos años después del triunfo del Ceremonioso en las luchas de la Unión, la guerra con Pedro I de Castilla por el equilibrio peninsular —guerra de los dos Pedros— volvió a plantear, en un primerísimo plano, el problema del dualismo en Valencia, ya que detrás de las acometidas de las tropas castellanas hay las maniobras de los nobles descontentos del interior del País y la intervención de los hermanastros del Ceremonioso, Fernando (éste será muerto por orden de Pedro IV y el marquesado de Tortosa incorporado a la Corona) y Juan.

DEL COMPROMISO DE CASPE A LA GERMANÍA

Durante un siglo, desde comienzos del xv al primer cuarto del xvi, se desarrollan las fases sucesivas del segundo movimiento pendular o desequilibrio en el dualismo valenciano. Si se me permite la expresión, la ofensiva parte también del elemento feudalizante del interior del País, con la ayuda de un sector de la burguesía urbana. Me estoy refiriendo a los grupos que en el reino de Valencia apoyan la candidatura de Fernando de Antequera en el Compromiso de Caspe, en estrecha relación con los aragoneses. Considero plenamente acertada la observación de P. Vilar: en relación con las pasadas guerras de las Uniones, el Compromiso de Caspe constituye la “venganza de Aragón contra Cataluña”.

Por lo que se refiere a Valencia, creo que es necesario distinguir tres

fases o momentos en el desequilibrio que estamos considerando: la primera, la correspondiente a la decisión de Caspe; la segunda, con el reflujo del péndulo, es la que preside el gran momento de Valencia —plenitud del siglo xv—; y la tercera, culminación de la anterior, es la de la Alemania, que constituye, según mi punto de vista, el auténtico canto del cisne de todo lo que significa la Valencia litoral.

En cuanto a la primera —Compromiso de Caspe— es decisiva la influencia del Cisma de Occidente y de Benedicto XIII (el Papa Luna), representado por San Vicente Ferrer. Durante el Interregno, Fernando de Antequera simultaneó la presión armada por la zona de Morella —frontera aragonesa— con una diplomacia hábil de cara a los mercaderes y Consejo municipal de la capital del Turia. En esta política de captación de voluntades le ayudó eficazmente su secretario, Diego Fernández de Vadillo, quien supo despertar el agradecimiento de los mercaderes valencianos que comerciaban con Castilla. En efecto, estos mercaderes obtuvieron muchos privilegios del rey Fernando I a partir de 1412.

La segunda fase —plenitud del siglo xv— es, dentro de la dialéctica del dualismo, de signo contrario a la anterior. Como ya hemos dicho, se trata del reflujo del péndulo y consiste en la expansión de la Valencia burguesa, artesana y mercantil de las zonas litorales.

Con su hegemonía del siglo xv —en la Corona de Aragón y en el mundo hispánico— Valencia preside la maravillosa apoteosis de la cultura catalana medieval. Recordemos, solamente, la poesía de Ausias March y las muestras arquitectónicas de la madurez del gótico —la Lonja, la Generalidad, las Torres de Serranos, el Miguelete—. El arquitecto Pere Comte es la gran figura de aquel momento de esplendor del gótico final, que dio el tono artístico a la ciudad, fiel a su personalidad histórica. Un tono que contrasta vivamente con las concepciones afectadas y a menudo postizas de las fábricas posteriores, renacentistas y barrocas. Un fenómeno parecido ocurre en la literatura.

Con referencia a la economía del *Quattrocento* valenciano, es posible hoy precisar los detalles por lo que atañe a fines del siglo xv y comienzos del xvi. Por ejemplo, entre los años 1481 y 1515, el salario de los albañiles, en la capital, es aproximadamente el doble del precio de los artículos de consumo de una familia corriente, según la relación comparativa siguiente, en la que los precios y los salarios son “ponderados”, esto es, evaluados mediante el “peso” o “porcentaje” (en un total de 100) de los distintos productos que constituyen el gasto total:

Años	Precio de los artículos de consumo	Equivalencia del salario de los albañiles
1481	67	126
1500	71	141
1515	81	123

Entre 1472 y 1515, la ciudad de Valencia, según las investigaciones del archivero Francisco Sevillano, hizo veintidós préstamos a Fernando el Católico, por un importe total de unos ocho millones y medio de sueldos, o sea, unos ciento cuarenta millones de maravedís, en moneda castellana. Son los años en que Valencia es la capital financiera de la monarquía hispánica. La cantidad a que acabo de aludir representa el 1'10 por 100 del tesoro americano llegado a la Casa de Contratación de Sevilla durante la primera mitad del siglo XVI: unos 28 millones de pesos de 450 maravedís. La comparación confirma dos cosas: en primer lugar, que los préstamos de la ciudad de Valencia a Fernando el Católico representan una cantidad importante; y en segundo lugar, que, en comparación con los tesoros de América, la capacidad financiera de Valencia quedó limitada a un plano puramente regional.

La tercera fase, con el canto del cisne de la plenitud de la Valencia medieval, corresponde a la Germanía (1519-1522). Es interesante advertir, de entrada, que las ciudades y villas que se adhieron a la Germanía fueron, en líneas generales, núcleos de mayoría austracista —esto es, *maulets*— durante la guerra de Sucesión a la Corona de España a comienzos del siglo XVIII. Se trata de las comarcas litorales, sobre todo de repoblación catalana, de mentalidad burguesa y artesana, en oposición a los dominios señoriales del interior, cultivados por moriscos en el siglo XVI, baluartes, primero, de la causa adversaria de la Germanía, y, después, del felipismo (esto es, *botiflers*), a comienzos del siglo XVIII.

En 1519, la peste, que diezma la ciudad, y el peligro de un desembarco pirático, motivan una grave crisis en Valencia, con actos de protesta e incluso algunos motines contra la nobleza. Los gremios deciden armarse y, en ausencia de las autoridades, surge la “Junta dels Tretze”, acaudillada por el *peraire* —políticamente moderado— Juan Llorenç, quien sostenía el punto de vista de que Valencia se había de organizar en régimen comunal, a imitación de Venecia.

Así dio comienzo el “*crim de germanía e unió popular*”, según se dice en la documentación de la cancillería del virrey, mientras Juan Llorenç justifica la citada Junta de los trece, surgida de la necesidad de organizar la doble defensa: del reino contra los moros y los piratas norteafricanos, y del pueblo contra la nobleza. Como en las Comunidades de Castilla, en Valencia también coinciden el movimiento de la Germanía y el desencadenamiento del alza de precios —con la reducción drástica del poder adquisitivo del salario— a consecuencia de los primeros resultados de la colonización americana. He aquí unos datos expresivos (según la relación “*ponderada*” a que hemos aludido antes):

Años	Precio de los artículos de consumo	Equivalencia del salario de los albañiles
1520	79	126
1521	111	89
1522	115	86

En los orígenes de la Germanía implicóse, también, otro factor: el del juramento, como rey de Valencia, de Carlos V. Este, desde La Coruña (a punto ya de emprender el viaje que le llevaría a Aquisgrán, a coronarse emperador del Sacro Imperio), autorizó a los agermanados a llevar armas y éstos prometieron otorgar el citado reconocimiento; a ello se opuso la nobleza, invocando el contrafuero. Carlos V envió a Valencia al cardenal Adriano de Utrecht —el futuro papa Adriano VI— con el encargo de recibir el juramento en nombre del rey. Pero los nobles hacen gestiones por su cuenta y consiguen el nombramiento del conde de Mélito, Diego Hurtado de Mendoza, como virrey de Valencia. La autoridad del virrey no será reconocida por los agermanados.

Diego Hurtado de Mendoza llega a Valencia el 20 de mayo de 1520 e inmediatamente se desarrollan una serie de incidentes: contra los caballeros, los cuales pretenden acaparar los cargos, los agermanados imponen la democratización del municipio, mientras la Germanía se extiende por las ciudades, villas y lugares de realengo. Su reducto básico estará constituido por la capital y las huertas que se extienden al Norte y al Sur, con dos frentes respectivos: el del Maestrazgo, sometido al duque de Segorbe, y el de Gandía, que enlaza, a la vez, con los señoríos de Murcia y Andalucía.

Un intento para hacer abortar la guerra civil —gestiones realizadas en Denia, cerca del virrey, por el hermano de éste, el marqués de Zenete y algunos eclesiásticos— fracasa y el choque se produce irremisiblemente. Las tropas de los agermanados están nutridas por la burguesía, los artesanos y los campesinos de las tierras de realengo; y las de sus adversarios, por la aristocracia, los caballeros y sus vasallos mudéjares. Así, los agermanados protagonizan una especie de “guerra santa” en el interior del reino: a menudo los mudéjares son bautizados en masa con ramas de árboles mojadas en las acequias por los comandos de los agermanados.

Los agermanados nombran capitán general, primero a Juan Caro (uno de los dirigentes de la primera hora, con el ya citado Juan Llorenç, Guillem Sorolla y Juan Coll) y después a Vicente Peris, mientras sus adversarios se reúnen en Gandía para disponer el plan de campaña. El marqués de Llombai, Juan de Borja, va a Castilla y Andalucía y consigue la intervención de un fuerte ejército al mando del marqués de los Vélez. Entretanto, los agermanados envían tropas a Orihuela, para invadir Murcia y Andalucía, con la esperanza de propagar la revuelta entre el pueblo contra la aristocracia.

Entre julio y agosto de 1520 se registran dos choques decisivos: al Norte, el duque de Segorbe derrota a los agermanados entre Murviedro y Almenara, y al Sur el marqués de los Vélez entra victorioso en Elche y desencadena una brutal represión. En la primavera del año siguiente —después de la batalla de Villalar, que acaba con el movimiento comunero en Castilla—, la aristocracia castellana y andaluza ayuda a fondo a sus amigos de Valencia.

En la capital, los desastres a que acabo de aludir radicalizan el movimiento y se vive en plena anarquía, peleándose los agermanados entre sí, mientras el infante Enrique de Aragón y el primer consejero de Zaragoza, Pedro Cerdán, intentan una mediación. Finalmente, el 1 de noviembre de 1521, la Junta de los trece acepta las condiciones del virrey: desarme general y admisión de nuevos jurados. El virrey entra en la ciudad, que es abandonada por los más comprometidos, y confía el gobierno provisional de la misma a Ramón de Viciano, tío del cronista. Pero la resistencia continúa en los pueblos de los contornos, mientras Vicente Peris logra entrar dentro de la ciudad, donde muere después de una fuerte lucha entre sus partidarios y las fuerzas del virrey.

Durante un breve período de tiempo, Játiva fue dominada por un personaje misterioso, "El Encubierto", un impostor que, según decía, era hijo del infante Juan (el único hijo varón de los Reyes Católicos) y de Margarita de Austria, y, por lo tanto, con derechos preferentes para heredar los reinos de España. El Encubierto, que murió asesinado, parece representar la exultación de una especie de misticismo enfermizo, que le inclinaría a creer en sueños de grandeza y se consideraría predestinado a resolver los males del país.

La represión de la Germanía, a cargo, primero, del conde de Mérito y después de la virreina, Germana de Foix, fue durísima. Por lo que se refiere a los núcleos urbanos, un estudio de Leopoldo Piles ha dejado las cosas suficientemente claras, tanto por lo que afecta al marcado carácter económico que dióse a la represión como por lo que se refiere a la gran extensión de la Germanía a través del reino. Casi todos los gremios intervinieron en la misma y fueron duramente castigados: la Germanía nutrióse, fundamentalmente, de burgueses y artesanos; unos, como Juan Llorenç, que murió prematuramente, moderados; otros, como Sorolla y Peris, radicales.

El pueblo de Valencia fue multado con la suma de 200.000 ducados, el de Játiva con 30.000 y el de Alcira con 15.000. "E per lo semblant totes les viles reals en molt grosses composicions. Los barons composaren també sos vassalls. E així lo comte de Oliva composà ses terres en 16.000 ducats. Lo comte de Cocentaina e lo marqués de Denia feren una cosa molt lletja e de mal eixemple e de mala consciencia, que composaren a tots arreu, així als que eren stats feels, com als agermanats... E los altres barons composaren també sos vassalls. E així restaren castigats los del regne per la

Germanía. Empero, no pogueren, ni l'emperador ni els barons, fer mudar la voluntat dels pobles, perque mes agermanats estaven en lo cor apres de estos castichs que no abans. E així restaren molt males voluntats entre els agermanats y els marcarats, que eren los feels" (Notario Miguel García, coetáneo de los hechos).

DE LA REPRESIÓN DE LA GERMANÍA A LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS

El tercer movimiento pendular —del primer tercio del siglo XVI a comienzos del XVII— conoce dos fases claras: una fuerte embestida del elemento aristocrático del interior del reino (después de la Germanía), y, en sentido contrario, el contraataque de los elementos del litoral, que consiguen una victoria —pírrica, por cierto—, con la expulsión de los moriscos (1609-1614).

En cuanto a la primera fase, es incuestionable que la derrota de los agermanados implica la "poda" del ideal burgués, con la decadencia de la industria y el comercio, actividades que inician una dispersión, primero hacia el Sur —Alicante— y después experimentan la atracción de Barcelona, a partir de 1570. Los capitales y las energías de la burguesía valenciana, que antes se volcaban hacia fuera, ahora se dirigen hacia el *hinterland* inmediato, buscando en las hipotecas sobre la riqueza rústica —censales— unos beneficios más reducidos, pero más seguros.

El triunfo de la nobleza es incondicional: los señores, con las tropas de choque de sus vasallos mudéjares, imponen su voluntad y, en gran parte, "ruralizan" el mundo urbano. En efecto, la presión del campo transforma durante unas décadas la significación de las ciudades y villas, las cuales reducen drásticamente su proyección exterior, para incorporarse de lleno al engranaje de la economía predominantemente agrícola del interior del País. Naturalmente, el desarrollo del campo motivaría, una vez cicatrizadas las heridas de la Germanía, un movimiento de reflujo, esto es, la economía agraria sería la base de la recuperación de los núcleos urbanos en la segunda mitad del siglo XVI.

Sin embargo, la hegemonía del campo tenía su punto débil en la estructura social y en los cambios motivados por la Germanía. En efecto, los agermanados, al bautizar por la fuerza a los mudéjares que estaban a su alcance —a menudo, el dilema era la conversión o la muerte—, dejaron planteado el problema de la minoría morisca. Desde luego, hay que tener en cuenta que en el siglo XVI, las guerras de religión y la lucha contra los turcos y berberiscos hubieran hecho del todo imposible la continuación del *status* de los mudéjares en España. En efecto, la Iglesia consideró válido el bautismo de los moriscos y el 13 de septiembre de 1525, Carlos V legalizó este estado de cosas, colocando a los moriscos ante el dilema de la conversión o la emigración. Desaparecieron, pues, de *iure*, los mudéjares,

los cuales se convirtieron en moriscos o cristianos nuevos. Los de la sierra de Espadán se rebelaron, pero fueron derrotados.

El reino de Valencia dejaba de ser, pues, legalmente, una sociedad colonial. Pero las grandes dificultades comenzaban precisamente entonces. Todo el mundo sabía que la conversión era puramente formal: cristianos de nombre y musulmanes de corazón y de hecho. Y las cosas no podrían seguir así, indefinidamente. El *statu quo* era inviable, aunque lo defendiesen los barones y las aljamas. Efectivamente, cuando Europa marcha hacia formas más o menos tajantes del "*cuius regio, eius religio*", que implicaban la identificación entre rebelde y hereje, ya no era posible la contradicción entre las situaciones de hecho y de derecho. Por otra parte, la amenaza otomana, que acabaría convirtiendo a los moriscos, *volens, nolens*, en una especie de "quinta columna", era inseparable de los intentos de evangelización, directamente proporcionales —dada la solidaridad religiosa de los moriscos— a la negativa de éstos.

Y, a mayor abundamiento, otra cuestión, también complicadísima: la cristianización total, la evangelización de los moriscos, tenía que implicar, necesariamente, su "promoción social", esto es, la igualdad de derechos respecto de los cristianos viejos. De todo ello, naturalmente, los barones no querían saber nada; los moriscos, con un *status* parecido al de los negros del Sur de los Estados Unidos —en aguda observación de Hamilton—, debían continuar viviendo segregados, en un *apartheid* sancionado por la ley y la costumbre.

La segunda fase, esto es, el reflujo del péndulo —y permítaseme esta terminología en honor a la claridad—, se desarrolla con la expulsión de los moriscos, entre 1609 y 1614. Ya hemos hablado de la victoria pírrica de la ciudad. La expulsión se hace con la oposición de la gran mayoría de la aristocracia, pero también con la adhesión absolutamente mayoritaria del pueblo, de las clases medias, de la Iglesia (hay que exceptuar a los jesuitas), y, al parecer, también de los intelectuales —Cervantes es un ejemplo bastante claro y no sé hasta qué punto puede invocarse su cautiverio en Argel—. Es posible que en todo ello hubiese un deseo de recortar, de reducir, la influencia de la gran nobleza, atacándola e hiriéndola, precisamente, en sus intereses económicos.

DE LA REPOBLACIÓN DEL REINO A LA NUEVA PLANTA

El cuarto movimiento pendular del dualismo valenciano dura aproximadamente un siglo, desde el primer tercio del XVII a comienzos del XVIII. Lo podemos considerar integrado por tres fases sucesivas: la ofensiva inicial de los elementos del interior del País con la problemática de la repoblación (después de la expulsión de los moriscos) y de los préstamos hipotecarios —censales—; el reflujo con el planteamiento de la contienda jurí-

dica y de una verdadera *jacquerie* (Segunda Germanía) contra los derechos señoriales, actitud que preside la actuación del austracismo (*maulets*) durante la guerra de Sucesión; y el nuevo triunfo del mundo señorial y aristocrático del reino, con la victoria de Felipe V, manifestada en las directrices que presidieron el régimen de la Nueva Planta.

Hemos hablado de "victoria pírrica" de los elementos urbanos del litoral del País al referirnos a la expulsión de los moriscos. En todo caso, la monarquía de Felipe III y del duque de Lerma y marqués de Denia hizo suyas, después de la expulsión, todas las reivindicaciones de la aristocracia de terratenientes. Decretando la reducción progresiva de los intereses de los censales —esto es, de las hipotecas sobre las tierras que habían quedado yermas a causa de la expulsión—, los acreedores (burgueses de la ciudad, sobre todo) acabaron pagando una parte muy considerable del conjunto de las consecuencias económicas de la expulsión de los moriscos. A mayor abundamiento, las cartas de repoblación —particularmente las referentes a las comarcas fértiles del Sur del reino— reflejaron las directrices señoriales del Fuero de Aragón. Muy a grandes rasgos, podríamos decir que la repoblación se hizo en plena reacción aristocrática.

Sin embargo, los repobladores (y entramos ya en la fase del reflujo) acabaron por rehacerse y plantearon, a partir de 1675, aproximadamente, una contienda jurídica y, a continuación, una verdadera guerra social (Segunda Germanía). Los representantes de los payeses invocan el *Fur* de Jaime I y las prescripciones según las cuales las tierras son del rey, lo que resulta incompatible con las jurisdicciones señoriales de las citadas cartas de repoblación. Los campesinos son derrotados por las fuerzas combinadas de los señores y del virrey, pero sus reivindicaciones informan, seguidamente, el programa de los austracistas —partidarios del Archiduque Carlos de Austria— en la guerra de Sucesión. Este conflicto tiene, efectivamente, en el País Valenciano, un dualismo dramático: señores *botiflers* contra payeses *maulets*, detrás de los cuales hay, en líneas generales, la mentalidad respectiva del mundo del interior y del ámbito del litoral. El triunfo de Felipe V en la batalla decisiva de Almansa (1707) ratifica, de un modo contundente, la victoria de la aristocracia terrateniente en la Segunda Germanía, y el régimen de la Nueva Planta borbónica se caracteriza por una fuerte reacción de tipo señorial. Puedo anunciar como importantísimos los resultados logrados por las investigaciones de Sebastián García Martínez, referentes a la problemática general de la segunda mitad del siglo xvii.

Naturalmente, desde la Nueva Planta comienza a entrar en juego un nuevo factor, que apoya, decisivamente, el desequilibrio en favor del mundo del interior del País, triunfante con Felipe V; me refiero a la acción del Estado, con el desarrollo general del centralismo borbónico del siglo xviii.

DEL DESARROLLO DEL SIGLO XVIII A LA APOTEOSIS DE LA BURGUESÍA
AGRÍCOLA Y FINANCIERA DE LA RESTAURACIÓN

Entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX, más que de un quinto movimiento pendular quizá es más adecuado hablar de un equilibrio dinámico, inestable, caracterizado por la interacción de las dos líneas de fuerza: la del mundo del interior, con la ayuda decisiva del Estado y de sus resortes, y la del mundo del litoral, que constituye el motor básico del desarrollo del País Valenciano en el transcurso del Setecientos. Este desarrollo es el soporte de la Ilustración valenciana, con instituciones como la Academia de Bellas Artes y la Sociedad Económica de Amigos del País, y figuras como Gregorio Mayáns, verdadero gigante de la intelectualidad hispana, como hoy ponen de relieve los trabajos de V. Peset Llorca y A. Mestre. Investigaciones en curso del P. Batllori demuestran el interés del mismo Mayans por el impulso de la lengua y de la cultura del País. Su tarea, en este sentido, es paralela a la del núcleo de la Universidad de Cervera en la *pre-Renaixença* catalana.

Entre 1767 y 1768, según datos recogidos por P. Vilar, la Sala de Millones del Consejo de Castilla fijó la contribución de Cataluña en 510 millones de maravedís, la de Valencia en 282, la de Aragón en 170 y la de Mallorca en 16. Estas cifras reflejarían el criterio del gobierno de Carlos III por lo que se refiere a las posibilidades económicas de los antiguos reinos de la Corona de Aragón.

La institución que simboliza el desarrollo del País Valenciano en el siglo XVIII es la Sociedad Económica de Amigos del País, sobre la cual prepara su tesis doctoral la señorita Leonor Sanz. La Sociedad, fundada en 1776, conoció un fuerte impulso durante una primera etapa, hasta 1780, aproximadamente. Entonces tenía unos 500 socios: publica informes referentes a sus actividades y merece ser elogiada por el conde de Campomanes. Después de un paréntesis de unos cinco años, hay una segunda etapa, 1785-1795: sus principales objetivos son el fomento de las industrias de la seda, los tintes y la enseñanza del hilado. Pero el número de socios se ha reducido a unos 200. Una tercera etapa, hasta los acontecimientos de 1808, fue impulsada por su Presidente-Director, el marqués de Valera y Fuentehermosa: las grandes preocupaciones de la Sociedad se polarizaron en torno de los cultivos de cáñamo, lino, alfalfa, caña de azúcar y las industrias de la seda, hilados y tintes.

Entre los socios hay que citar la fuerte proporción de los clérigos: ningún testimonio permite suponer que la Sociedad estuviese más o menos "tocada" de espíritu "filosófico", crítico, en materia religiosa. Las Juntas acostumbran a celebrarse en días y horas "más libres para los señores eclesiásticos": el arzobispo asiste a las reuniones y ayuda económicamente a la Sociedad; los clérigos ilustrados leen en ella diversas "Memorias" sobre

agricultura e industria. Naturalmente, la Sociedad utiliza a menudo los conceptos "bien público", "progreso", "experimentación", "utilidad"... El principal objetivo es la "instrucción popular y su mejora", y los obstáculos derivan "del obstinado apego a las prácticas heredadas y al desdén por toda novedad".

Apoyándose en la expansión general del Setecientos, se impone claramente el mundo del litoral durante el primer tercio del siglo XIX, con la crisis del Antiguo Régimen, en el transcurso de la cual el País Valenciano es un foco de liberalismo (a pesar de algunos acontecimientos que parecen desmentirlo, como el golpe de Estado de Fernando VII en 1814). En cuanto a los recursos económicos, recordemos que en las postrimerías de 1811, cuando comienza la ofensiva levantina del mariscal Suchet —guerra de la Independencia—, los productos agrícolas convierten el País Valenciano en el objetivo básico del gobierno de José Bonaparte, y, también, del mismo Napoleón, aunque Valencia no estuviese comprendida dentro de los territorios hispánicos entre el Ebro y los Pirineos, incorporados al Imperio francés. En definitiva, los recursos del País Valenciano fueron desde entonces el factor del cual dependería la estabilidad del gobierno de José I, mientras Napoleón enviaba intendentes franceses, que, a la vez, procuraban el *drenaje* hacia Francia de diversos productos del campo valenciano.

Durante las convulsiones que caracterizan el hundimiento del Antiguo Régimen —en el estudio de las cuales trabaja Manuel Ardit—, las clases medias e incluso los artesanos de la capital y del resto del País tuvieron una actuación importante. También fue brillante la participación valenciana en las Cortes de Cádiz, así como en la irradiación del Romanticismo.

A partir de la década 1830-1840, el País Valenciano entra en un nuevo desequilibrio, de signo contrario. En líneas generales, la causa básica radica en el hecho de que la burguesía —*volens, nolens*— no responde al reto de la industrialización, en una coyuntura especialmente favorable, y se lanza al mundo de las finanzas. Por otra parte, las desamortizaciones decretadas por los gobiernos liberales favorecen el desarrollo de una burguesía agrícola, que durante la Restauración conoce el "boom" del vino y de la naranja. Esta burguesía es un auténtico grupo de presión, aunque entonces no se llame así ni tenga conciencia de serlo, y cuenta como principal figura a don Teodoro Llorente, fundador y director del diario "Las Provincias" y definidor de la *Reinaixença* en Valencia, movimiento que rehúsa la politización, obedeciendo a los deseos y hasta cierto punto reflejando las "necesidades" de unas clases dirigentes, en estrecha relación con los gobiernos de la época. Y en oposición a este valencianismo conservador, de derechas, el escritor Vicente Blasco Ibáñez se erige en representante de la pequeña burguesía radical, anticlerical y jacobina —como el lerrouxismo en Cataluña—. Quiero citar especialmente el libro de Enrique Sebastián sobre la Valencia de la Restauración a través de las novelas de Blasco.

CONSIDERACIONES SOBRE LA *RENAIXENÇA*

Las estructuras socioeconómicas del País Valenciano contribuyen, decisivamente, a explicar las causas profundas y, en definitiva, el raquitismo de la *Renaixença*. En la trayectoria que podemos llamar normal de la evolución socioeconómica se van sucediendo las siguientes fases: una burguesía agrícola y mercantil, librecambista, que acumula capitales; una burguesía industrial, que se desarrolla a consecuencia de la inversión de los beneficios de la agricultura y del comercio en el mundo de la industria (es una burguesía capitalista y proteccionista), y, finalmente, una burguesía financiera.

Es incuestionable que, en el País Valenciano, las cosas han ido de distinta manera. En efecto, en el siglo XIX, se pasó de la primera fase —burguesía agrícola y mercantil, librecambista— a la tercera —burguesía financiera— saltando por encima, pues (en general), de la segunda fase —la burguesía industrial y proteccionista. Las rentas del campo no se invirtieron (insisto en el carácter general de estas observaciones) en la industrialización del País, sino que se prefirió “reinvertirlas” en el mismo campo o bien dedicarlas a la especulación. Los sectores proteccionistas del País Valenciano —muy esquemáticamente, los industriales de Alcoy y los arroceros de Sueca— eran demasiado débiles para oponerse al librecambismo de la burguesía agrícola y mercantil, que constituía la clase dirigente de Valencia y estaba estrechamente vinculada a los gobiernos de Madrid. Necesariamente, pues, la *Renaixença* rehusaría la politización, mientras el conservadurismo de sus dirigentes —Llorente— contribuiría, de manera decisiva, a lanzar al campo del jacobismo a las fuerzas radicales —blasquismo—.

En la primera mitad del siglo XIX, los productos básicos del campo valenciano son la seda y el arroz; y en la segunda mitad se imponen las naranjas. Los primeros —seda y arroz— exigían el proteccionismo; los cítricos, en cambio, pedirán el librecambismo. Así cambió la coyuntura económica del País Valenciano: del proteccionismo se pasó al librecambismo, precisamente cuando el resto de España y todo el mundo occidental volvía al proteccionismo. (En España, el proteccionismo de la minería cántabra, de la industria catalana y del trigo castellano.) Así, la coyuntura económica de la Valencia de la Restauración nos recuerda, curiosamente, el caso de la plenitud del País Valenciano en el siglo XV, en contraste con la gran crisis occidental de la Baja Edad Media. He aquí unos datos referentes a la exportación de naranjas —que copio del estudio de A. Cucó, *Aspectes de la política valenciana en el segle XIX*—.

Años	Toneladas
1849	9.000
1882	110.000
1899	300.000

La economía de los cítricos se apoya, básicamente, en la exportación hacia los mercados de los países más desarrollados, lo que implica un librecambismo y una dependencia de las cotizaciones de los citados mercados y del juego de la competencia. La Primera Guerra Mundial constituyó un auténtico desastre para la exportación de naranjas (el tema ha sido estudiado por Fernanda Romeu). En cambio, aumentó, con la guerra y sus consecuencias, la exportación de arroz —35.000 Tm. en 1916; 68.000 en 1923—. El arroz, en efecto, se valora en épocas de crisis, por tratarse de un cereal barato. Refiriéndose al “boom” motivado por la guerra de Crimea (1854-1856), un poeta popular escribía los conocidos versos:

“Quan en Odessa i Moscou
sonen els canons de bronze
el arrós, que hui està a nou,
demà pujarà hasta onze.”

En el primer tercio del siglo xx se desarrollan algunas grandes empresas industriales —fábrica de cementos de Buñol, factorías siderúrgicas de Sagunto, la “Unión Naval de Levante”, ampliación de las actividades textiles en Alcoy, papel, cerámica, muebles, calzado (Elda), turriones...—. Datos del año 1927 demuestran que la provincia de Valencia tenía 41.821 contribuyentes con 5.259.904 pesetas de contribución industrial, mientras que Barcelona, con 50.490 contribuyentes, pagaba cuatro veces más —21.024.598—. En el año 1933, el valor global de la producción agrícola del País Valenciano era de 730 millones de pesetas, y el de la producción industrial, de 405 millones. Naturalmente, ello condiciona una clase dirigente formada por la gran burguesía de propietarios y exportadores, seguida por la burguesía financiera. En 1927, la burguesía financiera valenciana se adueñó del Banco de Valencia, fundado en 1920. La burguesía industrial permanece, pues, en un segundo plano.

Lógicamente, en correspondencia con el predominio del campo en la economía, la hegemonía social es ejercida por los propietarios de las tierras, la burguesía agrícola. Ya se ha dicho que las desamortizaciones del siglo xix reforzaron su predominio, puesto que los propietarios rurales más ricos acumularon fincas, adquiridas a buen precio. Como es natural, esta oligarquía apoyóse en la monarquía isabelina y después en la Restauración alfonsina, en oposición a la República y el carlismo.

Todo ello explica que el movimiento valencianista —la proyección de la *Renaixença*— fuera cosa de una pequeña minoría, atacada por ambos frentes: por la derecha, los elementos de la burguesía conservadora, que renuncia a politizarse; y por la izquierda, la reacción jacobina, que identifica el valencianismo con el inmovilismo social.

Parece que, en el transcurso de los últimos cien años, el dualismo valenciano podría simbolizarse en la contradicción entre la *Historia*, que

reclamaba la hermandad con Cataluña, y las *estructuras socioeconómicas*, que enfrentaban los intereses de Valencia y del Principado. Veamos unos ejemplos:

A comienzos del siglo xx, el contraste proteccionismo-librecambismo (a propósito de los aranceles proteccionistas de 1907), es invocado en Valencia tanto por los conservadores de Llorente como por los radicales de Blasco Ibáñez. El diario de este último, "El Pueblo", acostumbra a atacar "a la burguesía separatista barcelonesa, frailuna, vetusta, partidaria de la independencia del famoso Principado". Y "Las Provincias", escribe, a propósito del movimiento de *La Solidaridad*: "...el valencianismo, para ser equilibrado y real, ha de tener como núcleo las clases sociales conservadoras, las entidades corporativas de la región, entendiendo por ésta Levante entero..., que desborda antiguas limitaciones históricas y rectifica añejos errores de los reyes, que mediante pactos de familia dislocaban la posición natural del reino de Murcia...".

Conclusión.—En una consideración dialéctica del desarrollo —esto es, el hecho de tener en cuenta, en las etapas sucesivas de la trayectoria histórica del País Valenciano, la interacción entre los diversos factores—, creo que, en general, son válidas las ecuaciones que pueden formularse, siguiendo en un sentido vertical y paralelo el proceso de ambas líneas de fuerza del dualismo. Se trata de dos grandes corrientes, de verdaderas *lignes de faite*, en las cuales, las cosas son así como resultado de todo un conjunto de causas. Me parece incuestionable que una industrialización a fondo de País Valenciano —parecida a la de Vasconia y a la de Cataluña— habría condicionado una *Renaixença* sólida, con todas las consecuencias —económicas, sociales, políticas, ideológicas— que el fenómeno de la industrialización hubiera implicado. De la misma manera, también parece evidente que la apoteosis de la burguesía agrícola, comercial y financiera, tenía que plasmarse en los resultados conocidos, perfectamente encajados y en su punto según se desarrollaron las cosas. Ni más ni menos.

